



Comandante Humberto Castelló

RELATO DEL COMANDANTE HUMBERTO CASTELLO

CON UN HACHA ACABAMOS CON UNA PARED DE TABLAS DE PALMA E IMPROVISAMOS UNA MESA DE PARTO...

Bueno, para mí ha sido muy importante la cita de esta noche, me siento muy satisfecho de estar reunido con los compañeros médicos combatientes.

Soy el único protagonista de los primeros tiempos del Escambray aquí presente. Después llegaron otros médicos y estudiantes, conocimos allí también a los compañeros médicos que llegaron con el "Che", que después voy a hablar de ellos, compañeros *de la O*, compañero *Oscarito Fernández Melt*.

Yo creo que esta reunión tiene mucha importancia, y creo que en el ánimo de todos nosotros está llevar a la juventud y a la nueva generación la experiencia en la que nosotros participamos.

Yo creo que la mayoría de nosotros estudiamos medicina por una cuestión de vocación y de aliviar un poco el dolor de nuestro pueblo desvalido en aquella época; y cómo ya en nuestro propio tiempo de estudiantes vimos la situación crítica que tenía la asistencia médica en Cuba.

Recordamos la mala atención de los hospitales, las camas en los pasillos; las camillas con enfermos en el suelo, esperando camas; la falta de medicinas, la falta de alimentos, la falta de recursos en general del pueblo. Cómo ya después de graduados nos acercamos más a ese dolor y tratamos de resolverlo, sabiendo ya de entrada que cada uno de nosotros individualmente era importante para resolver este problema y que hacía falta una revolución.

Crece en el ánimo de todos nosotros el hacer un recuento de nuestra historia, que hay mucho de esto que fue lo que nos hizo coger el camino de la Revolución.

Yo creo que también se debe hablar de los comienzos, de cómo cada uno de nosotros tomó el camino de la Sierra.

Hay muchas cosas, muchos recuerdos. Yo puedo recordar, bajo el dolor de haber perdido tantos compañeros, que al día siguiente del ataque a Palacio me puse a analizar qué cosa yo haría, si empezar desde ese momento a considerarme un perseguido, y encerrarme en un apartamento, o regresar a la consulta. En definitiva pensé que yo mismo me iba a limitar mi acción y el servicio que le podía hacer a la Revolución, si ya me consideraba un perseguido por la tiranía de *Batista*. Muchos compañeros me dijeron que no volviera a la consulta, dada mi participación en aquel hecho, pero yo me decidí y volví a la consulta. En ese tiempo trabajaba en San José de las Lajas, y abrí mi consulta al día siguiente. Por radio me enteré después cuáles eran los muertos; todavía no teníamos datos, no había identificación de una serie de compañeros, viendo enfermos, inclusive donde ejercía, como un día normal, por radio me enteré de cuántos compañeros habíamos perdido y quiénes eran. Y aquella decisión me sirvió de mucho, porque la organización se quedó sin cuadros dirigentes y tuvimos que asumir funciones que les pertenecían a otros compañeros desaparecidos, y cómo aquella decisión me sirvió para poder hacer una mejor labor en la Revolución durante bastantes meses.

Recuerdo por ejemplo, en esa época de tanta persecución en La Habana, cómo hubo compañeros como *Juan Pedro Carbó* y *Machadito*, que tuvieron que volver a un apartamento que teníamos en un sótano en la calle 19, en el Vedado; ese lugar estaba "quemado" como decíamos entonces, pues de allí habíamos salido *José Antonio* y otros compañeros para la acción de Radio Reloj—, donde hoy funciona un Comité de Defensa, que yo tuve que irlos a curar de las heridas del ataque a Palacio. Después, al mes siguiente, cómo fueron asesinados en la calle Humboldt estos compañeros, con *Fructuoso Rodríguez* y *Joe Westbrook*.¹⁵

Después de esto, desde luego, no ejercimos solamente la función —como todos nosotros estamos seguros que ha pasado con los otros compañeros aquí presentes— específicamente de médico. Y es difícil hablar de lo que hemos hecho como médicos, y que más que médicos éramos revolucionarios y teníamos otras labores que realizar y más que médicos —como se ha dicho aquí teníamos el deseo de participar activamente en la lucha. Y nos costó trabajo mantenernos en nuestra función de médicos, aunque nos cuidaban bastante y trataban de que fuéramos útiles con los

¹⁵ Se refiere a los caídos en Humboldt 7, el 20 de abril de 1957: *Juan Pedro Carbó Serviá, José Machado, Fructuoso Rodríguez* y *Joe Westbrook*, quienes habían participado en el asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957.

conocimientos que teníamos, nos gustaba también participar en otras cosas.

También estuvimos en labores de organización; muchos de nuestros compañeros tuvieron que ir al exilio a preparar condiciones nuevas y nos quedamos otro grupo aquí. Después vino la organización de los cuadros de la resistencia.

Entonces yo tuve esa tarea de organizador del Directorio en Las Villas, hasta que después subí al Escambray.

La situación que nosotros teníamos allí ya era difícil, porque no había ningún médico, así que yo fui el primero que subí. No quería subir con las manos vacías, que tuvimos que preparar condiciones de medicamentos, de abastecimiento en general. Y entonces nos dimos a la tarea de llevar lo más posible, y cuando ya tuvimos condiciones fue cuando subimos. Recuerdo que el día que me lo dijeron, yo estaba anhelando ya subir —estaba en Sancti Spiritus— y sentí una gran alegría, y no veía llegar la hora —me avisaron temprano por la mañana— de salir. Entonces empezamos a trasladar todo lo que teníamos.

Y así fuimos acumulando cerca de Trinidad todas las cosas hasta llenar un camión. Y cómo en horas de la tarde cogimos rumbo a Trinidad, que era donde estaba el contacto para subir.

Llegamos bien a Trinidad. Cuando salíamos en un pisorre, a recoger al compañero que nos encaminaría, que teníamos que recoger en la carretera de Sancti Spiritus a Trinidad, para desde allí subir el camión, iba además un grupo conmigo en el pisorre, que también iban a subir, y por allí nos sorprendió el ejército. Llevábamos una serie de cartas y documentos, las llevaba mi mujer, que me había acompañado y vestía uno de los trajes aquellos que se usaban antes, que les decían “chemise”, que se prestaban para llevar papeles que tenía una bolsa detrás. Y nos quedamos pasmados; era un “jeep” del ejército con ametralladoras, muy bien armado. Dijimos “bueno aquí estamos muertos”. Nadie habló, no sabíamos ni qué decir cuando nos empezaron a interrogar. Entonces el compañero *Armando*, primo de *Piro Abreu*, que venía al timón, tuvo una salida que nos salió bien, dijo: “Nosotros somos un grupo de Sancti Spiritus que trabajamos —él sí es verdad que trabajaba— en la estación de radio de Sancti Spiritus, ¿ustedes no me conocen?, Yo soy locutor allí”.

Entonces también dijo: “Si, nosotros fuimos a una comida a la playa de Trinidad, al Ancón”. Entonces yo no sé si la patrulla aquella venía cansada —estaba lloviendo, me acuerdo que estaba lio-

Viendo—, la cuestión es que nos dijo: “Bueno, sigan, tengan cuidado porque no se puede andar en grupo . Entonces, a pocos pasos de habernos dejado la patrulla, nos tiramos del pisicorre. Dijimos: "Bueno ya hay que coger la loma" sin guía ni nada. Los que dejamos en el automóvil nos indicaron hacia dónde teníamos que correr, y cogimos hacia un montecito, en un lugar que le decían El Pedrero, pero que no es El Pedrero donde estuvo el “Che” después, sino uno al lado de la carretera de Trinidad. Ahí entonces estuvimos detrás de los marabúes, sin armas, no teníamos armas, y había un paso difícil, porque teníamos que coger la carretera de Trinidad, como tres kilómetros, hasta llegar al punto de entrada de la Sierra. También había que pasar por un bar que tenía mala fama allí, porque iba mucho elemento lumpen y elementos de *Batista*; siempre había allí una perseguidora por lo menos.

En definitiva, nos arriesgamos y salimos y llegamos bien hasta ese lugar, hasta la Loma del Puerto; bajamos luego con el camión comando, que nos alcanzó, un camión grande que tenía hasta *winche* delante y tenía doble diferencial. Pensamos que podíamos haber avanzado mucho hasta llegar a las estribaciones de la Sierra, del Escambray por esa zona, pero no ocurrió así. Tan pronto bajamos de la carretera —había llovido mucho, el terreno estaba muy malo— empezamos a tirarnos, y al poner los *winches* en los distintos árboles que encontrábamos, se partían los árboles y el camión no avanzaba.

Yo me pongo a estudiar el terreno y digo: "aquí estamos muy mal"; veíamos pasar los “*jeeps*” del ejército por la carretera, a pocos pasos, y allí pasamos un gran rato. Yo me angustié bastante porque pensé que morir así, morir sin pelear era una cosa muy dolorosa. Me puse a estudiar aquello, vi que había un cañaveral que no tenía gran resguardo, y entonces al compañero *Nieves* —que servía de guía por entonces— le dije: “Vamos a tomar nosotros la iniciativa, vamos a dejar a los compañeros en el cañaveral éste, escondidos, que escondan el camión y que vigilen a cierta distancia —porque ya se sabía toda la combinación y nos estaban esperando los compañeros arriba— y nosotros vamos a buscar la guerrilla que bajaría a buscarnos hasta un lugar con arrias de mulo, para hacer el traslado de las mercancías”.

Entonces cogimos a pie, caminamos bastante y cerca de un bohío —en una lomita— nos prestaron un caballo y seguimos caminando hasta que pudimos llegar a un lugar donde vimos un campesino y resultó ser que era el contacto que teníamos. El estaba con un arria de mulos. Después llegó a ser el Capitán *Juan Miranda*,

un campesino de la Sierra que nosotros queremos mucho y que nos hizo grandes servicios.

Llegamos a un punto que le dicen Caburní, donde estaban las tropas nuestras, casi al amanecer. Para suerte, el camión, después que nosotros lo dejamos, pudo avanzar; parece que ya había drenado más el terreno. Incluso cuando vimos las luces del camión creíamos que era el ejército, que nos venía persiguiendo, porque se veían los faroles del camión avanzando creíamos que era un equipo del ejército que venía detrás de nosotros.

Esa noche los compañeros estaban en un bohío, pero era peligroso quedarse allí, entonces fuimos a un montecito cercano.

Esa noche dormimos allí en hamacas, debajo de los árboles. Por la mañana recuerdo que lo que más me impresionó fue que me empezaron a caer las góticas de rocío por los hilos de la hamaca. La verdad que la emoción de estar ya combatiendo es una cosa tan grande que no se puede describir, era lo que uno ansió tanto, así que uno se sentía muy feliz con eso.

Yo no sé, pero se corrió la voz que había un médico allí. Y allí desde dentro del mismo montecito tuve que salir varias veces a ver campesinos, en seguida, eso fue inmediatamente después de llegar.

Después estuve por allí como dos o tres días esperando condiciones. La situación en aquel momento todavía no era de dominio del Escambray, más bien estábamos dando los primeros pasos, y había que salir de noche, cuidarse, hasta que una noche salimos y llegué entonces hasta cerca de Dos Arroyos, que era donde se había pensado poner el campamento general, porque era más hacia adentro y más difícil que las tropas del ejército llegaran hasta allá. Y así llegamos hasta Dos Arroyos, que fue donde se creó el campamento de nosotros.

Enseguida empecé a tener mucho trabajo, a organizar y junto con la labor de médico se hacía labor de proselitismo dentro del campesinado, de organizarlos, de hablarles de la Reforma Agraria, etc. Todos hemos tenido la experiencia de la reacción del campesinado, que nos veía con buenos ojos, pero le habían engañado tantas veces que de primera intención no creía, porque muchos políticos le habían dicho que iban a hacer escuelas, que iban a hacer caminos, que iban a poner hospitales, y después se iban, después que le cogían el voto no le hacían nada. Así que fue una cuestión de irlo convenciendo, hasta que nos fuimos ganando la confianza de todo el campesinado.

Además, la labor médica que se hacía. Yo era el único médico que había allí en aquel momento. Entonces tuve que caminar mucho, que recorrer muchas zonas, que ver muchos enfermos. Yo creo que la labor mayor que nosotros hicimos en aquel momento no fue curar heridos de la guerra, sino la labor social que hicimos, que ayudé mucho a la conciencia del campesinado. Creo que es una cosa que hay que destacar.

Allí había familias enteras que nunca habían tenido la visita de un médico. Y con los pocos recursos que teníamos, cómo había que darles a veces un tratamiento psicoterapéutico, se puede decir, de aliento, de resolver los problemas más bien con la palabra, con la persuasión, con una frase de cariño, de esperanza, por no tener algunas veces los medicamentos para resolver, ni los medios para resolver las situaciones que se presentaban.

Aquí también se ha señalado la angustia de conocer a compañeros que han muerto sin poder nosotros hacer todo lo que algunas veces teníamos aptitudes para hacer y no teníamos recursos para poderlo resolver; y otros casos fatales que no se podían resolver de ningún modo. Nosotros el primer hospitalito lo tuvimos allí mismo en Dos Arroyos. Después llegaron otros compañeros, que eran estudiantes, como el compañero *Eddy Mendoza*, que después murió de enfermedad en el Hospital Militar Finlay, que hizo una gran labor y que era cirujano. Y se abrieron nuevos hospitales en la Algarroba y en el pueblo de Güinía.

Ya en ese momento —si no recuerdo mal— venía la invasión de *Camilo* y el "*Che*" y nosotros consideramos que eso era un apoyo también a la invasión, así que se prepararon las condiciones para hacer una acción, y ya en ese momento el Escambray estaba también prácticamente liberado de las tropas de *Batista*. Teníamos un gran dominio de una gran zona.

Podemos recordar casos así: el de una muchacha que atendí, muy grave, y que se salvó de una herida de un casco; debe haber sido de un calibre 50, de un ametrallamiento por aviación. Veinticuatro horas después que nosotros bajamos al pueblo de Condado, que había sido abandonado por el Ejército ya, por la presión de los rebeldes que estaban al lado del pueblo, y ellos abandonaron al pueblo y bajamos y lo tomamos. Y aquel día prácticamente estuvimos todo el día en el pueblo. Me acuerdo que habían dejado en el Cuartel una bandera del 4 de septiembre, la bajamos y pusimos una bandera cubana, y la represalia fue al día siguiente, que nos mandaron una avioneta primero de reconocimiento, que creo que salvó bastante la situación, porque eso permitió la

evacuación del pueblo, por eso no hubo más muertos. Y después vinieron los B-26 y acabaron con el pueblo: bombardearon, ametrallaron. Entonces yo estaba en La Algarroba, que era un lugar distante de allí, y me avisaron. Nosotros sabíamos que estaban bombardeando, yo cogí un "jeep" y bajé y me dijeron que había una muchacha que se estaba muriendo. Y llegué a la casa, que tenían en una pequeña bodeguita y me la encontré en muy mal estado. No tenía nada con qué curarla, entonces cogí con el "jeep" hacia abajo y me metí en una farmacia del pueblo. Entonces llevé sueros, llevé antibióticos, estimulantes, etc., y subí rápidamente, pensando que me la iba a encontrar muerta, pero tuve la suerte de encontrarla con vida y entonces la pude atender. Tenía una herida que le había destrozado toda la región perineal, con gran sangramiento, con fragmentos de casquillos y se le pudo hacer una reconstrucción de esa región herida y sacarla del *shock* en que estaba, pues estaba desmayada. Y, con el cuidado posterior, se salvó la muchacha.

Otro caso interesante fue de un parto gemelar —aquí se ha hablado de partos también— con retención de placenta. Yo no asistí el parto, pues estaba muy distante, tanto del campamento que teníamos, como de donde estaba la señora. La noche anterior yo había hecho un gran recorrido para ver enfermos en otra zona y me vinieron a buscar urgentemente. Y salimos. Demoré casi 24 horas para llegar a la casa. Llegamos a la casa, entonces iba más preparado, en ese caso llevé suero para poner en la vena, llevé antibiótico. Y cuando llegué a la casa me encontré una miseria tan espantosa, un cuadro familiar tan dramático, una serie de niños desnudos, sin zapatos, los recién nacidos sin ropa que ponerse y la señora que había parido, sin colchón, en un bastidor hundido, en un estado de salud crítico, muy grave, con una retención de placenta de 24 horas aproximadamente.

Entonces, lo primero que pensé es que no tenía cómo sacarle la placenta, porque no tenía ni dónde apoyarme ni cómo hacerle la extracción. Y entonces contemplé el cuadro aquel y dije: "bueno, aquí no hay ni una mesa" —yo pedí una mesa para acostar a la señora—; entonces miré para el bohío y dije: "bueno, aquí lo que hay es que acabar con una de las paredes éstas de tablas de palma", y cogí un hacha y acabé con una pared de aquellas, saqué unas cuantas tablas e improvisé en la cama una mesa de parto y se le pudo extraer su placenta, darle atención. Y se salvó la señora y los niñitos también.

Después de eso, al final de la guerra, nosotros tuvimos participación en el recibimiento del "Che" con su tropa, con su Columna Invasora.

Hubo una gran identificación enseguida con los compañeros que venían de la Sierra Maestra, los estábamos esperando. Ya habíamos tratado de hacer contacto con la Columna del "Che", y los llevamos hacia nuestro campamento. Entonces recibimos allí a los compañeros en una escuela que teníamos en Dos Arroyos, y recuerdo que el compañero *Vicente de la O* llegó bastante enfermo, con fiebre, muy delgado. Yo no lo conocía de antes, pero él me dijo que había perdido... no sé cuántas libras; sé que estaba muy delgado.

Entonces tratamos de atenderlo. El no quería inclusive ninguna atención, decía que él se sentía bien, pero sabíamos que estaba enfermo y lo obligamos a acostarse y de ahí entonces empezaron las conversaciones con el "Che", los acuerdos de la ofensiva de Las Villas, y empezó ya la toma de los distintos pueblos. Ya en esos momentos yo dejé de ser médico y me incorporé a otros trabajos que tenía también, de organización, de inspección de las tropas, y de estar también en algunos combates.

Yo no recuerdo mucho los nombres de compañeros que atendí. Atendí algunos compañeros de heridas de bala. Sí recuerdo que atendí al compañero *Víctor Dreke*, que hoy es Comandante y miembro del Comité Central de nuestro Partido, de una herida, después de la primera toma del pueblo de Placetas. Y que como fue una cosa exitosa, había una gran moral, y él estaba herido y no sentía ni siquiera la herida de bala que tenía en la espalda, estaba tan contento de lo que había hecho: habíamos tomado el pueblo durante varias horas, y se pudieron dar actos allí; se habló por la radioemisora, y se tomaron dos pueblos al mismo tiempo, el de Placetas y el de Fomento.¹⁶

Esa es, en síntesis, la historia... Claro, se pueden recordar muchas cosas, muchas anécdotas, precisar muchas cosas. Pero éstas son las que recuerdo de momento.

(*Granma*, diciembre 5 de 1967, a. 3 n. 298 p. 3).

¹⁶ Véase notas 13 y 15.